

Discurso de clausura pronunciado  
por D. Manuel C. Díaz y Díaz, Presidente de la S. E. E. C.

## El monasterio de Ripoll y la transmisión de la cultura clásica

Señoras y señores, queridos amigos y colegas:

Créame que es para mí muy satisfactorio, tanto desde un punto de vista personal como en mi condición actual de presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos, tomar parte en esta brillante reunión de la Sección de Barcelona de nuestra Sociedad, reunión que fue acogida con cariño y aplaudida sin reservas por la Junta Nacional que ahora presido. Que la Sección de Barcelona de la Sociedad de Estudios Clásicos se haya propuesto y haya podido llevar a feliz término este Simposio no hace más que confirmar cómo el entusiasmo clásico se mantiene en esta noble tierra, encrucijada de culturas desde hace muchos siglos y fuerte reducto del saber y la cultura en la Península. Por ello, mi felicitación a los organizadores, mi enhorabuena a cuantos han tomado parte en los coloquios científicos y mi alegría por encontrarme con tantos consocios que demuestran vivamente su interés por los Estudios Clásicos en el marco maravilloso y singular de esta vieja ciudad de Ripoll, junto a los restos de su precioso monasterio, del que ahora se cumplen los 75 años después de restaurado.

Efectivamente, el hecho de que nosotros hoy nos reunamos en Ripoll, acogidos a la sombra de estas venerables piedras debidas, al menos en última instancia, al ímpetu y entusiasmo creadores del conde Wifredo, no puede extrañar a nadie. Pero tampoco se trata, por otra parte, de un capricho vacío y sin sentido. Pues los estudios clásicos en Occidente se ligaron pronto en buena parte a la actividad de los claustros, a los que se deben tantos momentos de gloria y una no pequeña parte de la continuidad de nuestra tradición.

Recordemos brevemente que la escuela sufre los efectos de la tremenda ruralización de la aristocracia en los siglos v y vi;<sup>1</sup> las bibliotecas, que nunca han sido baratas, se convierten cada vez más en un lujo que pocos se pueden permitir, y muchos de los que conservan bellos libros no los leen, sino que los utilizan como decoración de sus residencias y alarde de su potencia y su supuesta cultura: como aquellos obispos *qui* — dice Cesáreo de Arles hacia 530 — *plures libros et satis nitidos et pulchre ligatos habere uolunt et eos ita armariis clausos tenent ut illos nec ipsi legant nec aliis ad legendum tribuant.*<sup>2</sup>

1. P. RICHÉ, *Education et culture dans l'Occident barbare, VI-VIII<sup>e</sup> siècles*, París, 1962, 78 y ss.

2. Serm. 2.

Los personajes bárbaros prescinden, en general, de la cultura y se conforman con conocimientos técnicos; y, por su influencia, la propia aristocracia romana descuida los estudios, ya inservibles para la vida política y la religiosa. Aunque la escuela pagana sigue funcionando, los prejuicios cristianos, la reducción de alumnos, la desaparición de las generaciones de maestros que podemos comprobar a comienzos del siglo vi, abonan el terreno para una escuela confesional cristiana, que a su vez necesita nuevos programas, nueva orientación y, lo que es más difícil, la precisión de un cuadro de necesidades que resolver con la nueva cultura. Este cuadro creyó encontrarse por un momento en el estudio y explicación de la Biblia, pero el tiempo se encargó de mostrar la insuficiencia de este objetivo que, bastante para los clérigos, no llenaba posibles aspiraciones de los laicos.

La escuela cristiana en los siglos vi al viii no pasa en general de un remedo de escuela: no se leen ni estudian, en general, los autores clásicos, sino como mucho los gramáticos y comentaristas, a través de los cuales siguen llegando a estos siglos pálidos reflejos del mundo antiguo, que se aprecia y estima a pesar de este indirecto camino. La habilidad técnica y la erudición escolar sustituyen el ingenio y la inteligencia, que no busca desplegarse en toda su capacidad creadora. El estudio de la teología, de la ciencia escrituraria y de la exegética se hacen en niveles depresivos, mediante una progresiva reducción del pensamiento que se intenta reducir a sentencias. Y aun en el fondo, salvo casos aislados como el de Isidoro de Sevilla en el primer cuarto del siglo vii, lo que queda del mundo antiguo más se conserva con criterios que recuerdan los de las colecciones de *exempla*, que por auténtica comprensión del mundo clásico.<sup>3</sup> Los esfuerzos verdaderamente creadores de Casiodoro en Italia desaparecen con él, quizá porque resultaron en exceso ambiciosos para la pobre época en que vivió el genial canciller de Teodorico.

Todavía en este momento los laicos que acceden a los puestos de responsabilidad de la Iglesia, plantean en algunas ocasiones el problema de la necesidad de una verdadera cultura en el clero; pero, no pocas veces, sus votos son ahogados por los que estiman el saber una vanidad más del siglo — *phaleratas pompas uerborum* —<sup>4</sup> a la que con facilidad renuncian una vez que han abrazado la profesión monástica o una vida espiritual, como sucede en el caso de Honorato de Lérins o Casiano de Marsella. De otra parte, los monjes no reconocen más escuela ni formación que la ascética y cuanto los lleva a una plenitud de superación. La crisis es profunda. Las escuelas municipales van siendo poco a poco sustituidas por las escuelas episcopales, que a su vez me parecen apoyarse, o ser influenciadas por las escuelas monásticas; en efecto, al menos en la Península, da la impresión de que éstas representan más y más una especie de reserva, de filón más espiritualista, más religioso frente a las posibles, aunque brevísimas, veleidades culturales de signo pagano. Me permito a este efecto recordar una vez más el conocido prefacio a la Vida de Fructuoso de Braga, compuesto casi con seguridad en torno al 700, probablemente en Galicia: allí, el anónimo biógrafo, con su pizca de despecho y desprecio pre-

3. J. FONTAINE, *Isidore de Séville et la culture classique dans l'Espagne wisigothique*, París, 1959, 839 ss.

4. Ps. Valer. Berg., *de uana saec.* cap. I.

senta a Isidoro como “renovador de los dogmas profanos de los romanos, imbuido en el saber del arte sofística”,<sup>5</sup> mientras que Fructuoso, el fundador de monasterios, es “el artifice de la vida espiritual que iluminó Hispania con el resplandor de su santidad”.<sup>6</sup>

Es interesante notar que en los siglos VI y VII la mayor parte de los manuscritos que han llegado a nosotros desde aquellos tiempos no proceden casi nunca de monasterios sino de escritorios anejos a las escuelas episcopales, o a las municipales. Si excluimos los numerosos y muy valiosos códices que parecen, casi con seguridad, provenir de *Vivarium*, el cenobio modelo fundación de Casiodoro, el resto puede casi asegurarse que procede de centros como Roma —donde la magnífica biblioteca de Letrán siguió constituyendo un emporio cultural de primer orden— o Lyon, Toledo, Sevilla o Autun, o incluso de alguna de las numerosas ciudades del norte de África.<sup>7</sup> Y no hay que olvidar que aun por este tiempo las bibliotecas laicas —recordemos para España la tan desordenada, pero importante del conde Lorenzo en el Toledo de mediados del siglo VII—, aunque de día en día más escasas, son todavía notables. De otra parte —y es necesario ponderarlo porque lo contrario se repite con excesiva frecuencia—, si bien es verdad que varias reglas monásticas del siglo VI imponen la obligación para los monjes de la copia de códices —lo que no sucede en la benedictina, que no la menciona—, lo hacen quizá no siempre con criterios intelectuales sino como una forma del necesario trabajo manual, probablemente una forma varia que permite además obtener a la comunidad, con relativa facilidad, un beneficio cuantioso. Pero si la copia de manuscritos no es muy intensa por estas razones, es cierto en cambio que la exigencia de una lectura privada, con fines formativos, que se encuentra en todas las reglas prácticamente, y en ocasiones incluso con reglamentación estricta de las horas del día en que debe tener lugar, ha favorecido la presencia en todo monasterio de una pequeña biblioteca, proporcional al número de monjes y de un carácter más bien ascético y exegético que literario, pero biblioteca al fin.

El problema era distinto en todas las zonas de la iglesia latina donde, como en Irlanda o Gran Bretaña y posteriormente en Germania, resultaba necesario aprender en la escuela el latín como vehículo religioso y cultural. En estos ambientes los fueros de la vieja escuela pagana, en que la lectura de los clásicos constituía la base de la enseñanza y el cañamazo sobre el que se tejía toda la docencia, no perdieron tanto terreno como en el resto de las regiones. El estudio profundizado de la gramática y la presencia de numerosos códices —llevados allá desde Roma y desde otros puntos de Europa— facilitó una pequeña atención a los estudios profanos que, con altibajos, se mantuvieron en aprecio aunque fuera en poca intensidad.<sup>8</sup>

Es necesario llegar a los momentos que preparan la monarquía de Carlomagno para encontrarnos con unos ambientes completamente diferentes a los que nos ofrecían los siglos anteriores. Recordemos aquí aquellos cenáculos

5. *Statuta ecclesiae antiqua*, 5; Ennodio, *epist.* 9, 1; cf. Isidoro, *Sentent.*, 3, 13 frente a *Regula* 8, 3.

6. *Vita Fructuosi*, 1.

7. B. BISCHOFF, *Mittelalterliche Studien*.

8. RICHÉ, 355 ss.; el problema de las *artes liberales* y su estudio lo analicé en un estudio expuesto en el IV Congreso de Filosofía Medieval (Montreal, 1967).

literarios del mundo irlandés en que los monjes gustaban de ponerse sobrenombres que evocasen ilustres escritores, tertulias cuya mejor representación conocemos más adelante en el grupo áulico de Carlomagno, donde Alcuino era Flaco (Horacio), Angilberto Homero, Teodulfo Píndaro, Modoin Nasón, etc.; aunque se haya dicho muchas veces con toda razón que estos nombres no implican que hayan conocido las obras correspondientes, el hecho señala al menos un aspecto capital: el de la admiración por los hombres del mundo literario o clásico.<sup>9</sup> Alcuino, sorprendente ejemplar de la soberbia escuela episcopal de York, conoció en aquella iglesia una biblioteca que él, incompletamente, nos ha descrito. Allí aparecen en un catálogo admirable los principales escritores eclesiásticos, como Jerónimo, Hilario, Ambrosio, Agustín, Casiodoro y Beda, pero también Plinio y Cicerón, Sedulio y Juvenco, Avito, Próspero, Paulino, Arator, Fortunato y Lactancio así como Virgilio Estacio y Lucano, Probo y Focas, Donato y Prisciano.<sup>10</sup> Esta especie de entusiasta admiración por los antiguos autores va a dejar huella en la legislación escolar de Carlomagno y en las numerosas escuelas episcopales y monásticas de su imperio. Así habría de señalar entre las primeras Auxerre, donde a un tiempo descubrimos las enseñanzas de gramática y cosmografía de Heiric y posteriormente de Remigio, pero también podemos señalar la copia de un manuscrito — que no sólo fue transcrito sino utilizado — de los excerpta breves de Petronio;<sup>11</sup> recordemos a Lupus de Ferrières, interesado por problemas métricos y gramáticos y excelente conecedor de Cicerón, como tiempo después habremos de mencionar en Verona a Ratherio, al que parece que somos todos deudores de la conservación de los poemas de Catulo. Quizá sea en este tiempo el signo más característico, no obstante, la aparición de potentes y prestigiosas escuelas en los monasterios: en primer lugar Tours, donde sobre todo bajo la inspiración de Alcuino se leía a los clásicos aunque él previniese a sus alumnos de los riesgos de la preciosa locuacidad de los autores paganos, y, a su instigación, recordemos con idénticos méritos a Fulda y Reichenau, donde bastaría citar nombres tan sorprendentes y prestigiosos como los de Rábano Mauro, Godescalco o Walafrido Estrabón; simultáneamente Corbie y Fleury así como Bobbio mantenían su prestigio tradicional como hogar de manuscritos, de excelentes copias y de cultivo de los viejos autores.

¡Cuán diferente es el panorama en la Península! Abatidas las comunidades cristianas por la presencia de la minoría dominante musulmana, las escuelas desfallecen: la vida lánguida de las iglesias, sólo aquí y allá evitada gracias a esfuerzos en que no siempre va delante la vida cultural, implica un decaimiento total de la enseñanza. Las escuelas se reducen sin cesar, y solamente en monasterios y en alguna que otra ciudad episcopal conservan un nivel mencionable: no en vano, siquiera fuera con notoria e interesada exageración, se quejaba Alvaro de Córdoba sobre 850 de que ya casi ningún cristiano comprendía el latín.<sup>12</sup> Justamente — y lo he subrayado más de una vez — es Ca-

9. F. J. E. RABB, *A History of Secular Latin Poetry in the Middle Ages*, Oxford, 1934, I, 182 ss.

10. De laude Eborecensis eccl., editado en *Monum. Germ. Hist. poet. carol. I*, 203.

11. Cf. mi edición *Petronio Arbitro, Satiricón*, Barcelona, Alma Mater, 1968.

12. *Indículo luminoso*, 43.

taluña uno de los focos de resistencia contra este declinar peninsular, y ello incluso antes de que en el siglo IX, liberada del yugo árabe, entrara en la órbita del imperio carolingio. Citaría aquí a Urgel, cuya vida espiritual confirma un personaje como Félix, el obispo adopcionista de fines del siglo VIII, y los ilustres Claudio de Turín y Leidrado así como Agobardo de Lyon; y ello sin olvidar a Gerona, cuyo papel apasionante en los siglos IX y X no ha sido todavía estudiado a fondo;<sup>13</sup> y por supuesto sin que, en estas mismas tierras, olvidemos a la diócesis ausonense, capaz de dar personajes tan valiosos como Arnulfo, Oliba y tantos otros.

En este contexto, en medio de estos intentos de rehabilitación de la mano del imperio franco, pero también con los ojos abiertos a los valores novedosísimos que ofrece el mundo árabe del que acaba Cataluña de librarse, con una evidente nostalgia de los bienes de la cultura visigótica,<sup>14</sup> debatiéndose entre las nuevas tendencias y las viejas fuerzas, capaces apenas un siglo antes de producir en el terreno monástico la figura de Benedicto de Aniane, aparece hace más de mil años este venerable monasterio de Ripoll que se va a convertir en nudo cultural de primer orden durante dos centurias.

No es mi papel bosquejar siquiera la historia del cenobio, dotado y engrandecido por el insigne conde Wifredo y su esposa Winidilde a 20 de abril de 888, pero de cuya existencia nos consta ya anteriormente.<sup>15</sup> Nos da igual que haya tardado el monasterio en encontrar su hombre, el que lo hizo grande y lo dotó de una vida fuerte y definitiva, y que casi se hará esperar ochenta años todavía; el punto y la ocasión estaban ya aquí. Desde el comienzo los libros fueron parte integrante del tesoro monástico — siempre había libros, pero no siempre se rebasaba el ámbito de los libros estrictamente eclesiásticos, es decir, los necesarios para el culto y servicio divino —; no era, en efecto, éste el caso cuando aquí se conservaba el célebre Salterio Áureo, lamentablemente perdido, pero que nos acredita estrechas relaciones antiguas con monasterios francos ya en el siglo IX; junto a estas relaciones, y casi como un símbolo de Ripoll, hemos de mencionar el célebre Códice Misceláneo que conoció hace siglo y medio Jaime Villanueva y que lloramos perdido:<sup>16</sup> paleográfica y temáticamente tenemos que estimarlo producto toledano,<sup>17</sup> y es posible que fuera del tiempo en que, por poner un caso conocido, Toledo y Urgel estaban en íntimo contacto.<sup>18</sup>

Un monasterio rico como lo fue Ripoll necesitó los servicios de la agrimensura que garantizase sus propiedades: en efecto, Ripoll se nos presenta hoy como uno de los puntos en que mejor y con más interés se conservaron los escritos de los gramáticos romanos y las refundiciones a que la praxis daba

13. Por su papel primero en la tradición litúrgica y canónica, luego por la jurídica, sin contar con su papel como centro de paso de personajes como Adón y Floro entre otros.

14. Aludo a la abundante conservación de textos litúrgicos hispánicos, a la presencia de múltiples obras de Isidoro y, por ejemplo, de Martín de Dumio, quizás ya en un contexto monástico.

15. R. BEER, *Die Handschriften des Klos-*

*ters Santa María de Ripoll*, I, Viena, 1907, 17 ss.

16. J. VILLANUEVA, *Viaje literario a las iglesias de España*, VIII, Valencia, 1821, 45-50.

17. A. MILLARES, *Los Códices visigóticos de la Catedral Toledana*, Madrid, 1935.

18. Pienso esto porque no puedo menos de sospechar que a su vez el códice Toledo Bibl. Cap. 14-23 debe ser copia toledana de un ms. pirenaico del siglo VIII.

lugar, como la conocida compilación abigarrada y monstruosa de Gisemundo.<sup>19</sup> Al tiempo, los estudios de matemáticas y geometría, quizá como obra personal de Arnulfo, eran lo suficientemente importantes dentro de la enseñanza ripollense de las artes liberales como para que Hatón de Vich llegase a ser el personaje buscado por un intelectual inquieto e insatisfecho, el monje Gerberto, lumbrera científica del filo del 1000, más conocido como papa Silvestre II. Acá vino Gerberto desde las Galias a aprender geometría, y esto sólo podría ser ya timbre suficiente de gloria para el cenobio ripollense.<sup>20</sup> Pero es que, además, me parece que en conexión con Ripoll hay que entender la labor científica como traductor de Lupito de Barcelona, verdadero introductor en Europa de tantas técnicas aprendidas en los escritores árabes, a la sazón traducidos por estas tierras.<sup>21</sup>

En el mundo de la cultura no podríamos olvidar al abad Oliba, brillo y lustre de Ripoll y su comarca, que entre sus muchas ocupaciones tuvo tiempo para entretenerse con los complejos problemas del ábaco, a la vez que estrechaba relaciones con Fleury, de las que son muestra las cartas y mensajes poéticos cruzados con Gauzlin.<sup>22</sup> Y por si estas relaciones fueran pocas, contemos con las importantes vinculaciones que se entablan por este tiempo con Nápoles, así como con Venecia, al menos en la presencia en Cataluña del dogo Pedro Urséolo, venido aquí para descansar y prepararse penitencialmente a morir, y Luca.<sup>23</sup> Y no fueron menores las relaciones con Francia de las que ya señalé los contactos con Fleury, que se van a aumentar cuando por causas no bien estudiadas cae Ripoll en dependencia de S. Víctor de Marsella, y con la nueva vida en contacto con la abadía provenzal se establecen contactos con Remiremont<sup>24</sup> y otros muchos centros franceses en época posterior.

Pero volvamos al siglo XI. De mitad de siglo poseemos un precioso catálogo de los códices de nuestro monasterio; dejaremos de lado aquellos estrictamente eclesiásticos para contemplar los de "artes".<sup>25</sup> Éstos nada pueden ser sino muestras de la escuela monástica ripollense y entre ellos encontramos Priscianos y Donatos repetidos, para que pudieran ser estudiados por los discípulos de la escuela, dos Virgilio y un comentario a éste, dos Sedulios, abundantes libros de Boecio para el estudio de la lógica (*Isagoge, Categoria, Peri ermenias*), un Terencio, un *De amicitia* de Cicerón y quizás un Horacio, así como tratados — posiblemente boecianos — de aritmética y música entre otros.<sup>26</sup> La abundancia de manuscritos gramaticales creo que explica el que haya podido ser escrito

19. Quizá monje de Ripoll; cf. J. M. MILLÁS VALLICROSA, *Assaig d'història de les idees físiques i matemàtiques a la Catalunya medieval*, Barcelona, 1931; obra capital para comprender el papel cultural de Ripoll en el campo de la técnica.

20. BEER, *op. cit.*, 39 ss.

21. MILLÁS, *op. cit.*, 271 ss.; cf. N. BUBNOV, *Gerberti postea Silvestri II opera mathematica*, Berlín, 1899, 114 ss.

22. A. M. ALBAREDA, *L'abat Oliba*, Montserrat, 1931.

23. Las estudiaré en su día en mi obra "La cultura de la España cristiana y la Alta Edad

Media", en preparación; entre tanto, cf. BEER, *op. cit.*, 43 ss.

24. Las conjeturé ya hace años en razón de lo que me parece fundamento de la obra poética del "Anónimo Enamorado" sobre el que ha escrito L. Nicolau d'Olwer suponiendo su producción obra genuinamente ripollense.

25. Editado por BEER, *op. cit.*, 101 ss.

26. Para valorar rectamente este Catálogo hay que considerar y ponderar el número y calidad de los códices que en él aparecen como en préstamo o depósito (Armengol hijo de Salomón, en Montserrat, a Juan Petri, etc.).

aquí ya, bastante antes por cierto, quizá sobre 950, un tratado gramatical que se conserva ahora en la Biblioteca Capitular de Toledo, adonde llegó quizás ya en el siglo XI o antes. Lo más interesante de este tratado gramatical, verdadero conjunto de notas gramáticas es la presencia de aclaraciones y versiones coetáneas árabes de casi todos los términos importantes: ¿sería quizás obra de algún mozárabe que permaneciera en Ripoll o sus confines, y que pudo tener que ver con las versiones de ciencia árabe de que arriba hice mención? <sup>27</sup> Como pronto será editado este texto que actualmente está siendo objeto de estudio, reservemos una contestación para más adelante.

No sería justo si no considerase someramente la producción poética que su editor y estudioso, el Prof. Nicolau d'Olwer, denominaba con más felicidad que exactitud "Tescola poètica de Ripoll".<sup>28</sup> Se trata de ejercicios de escuela y *divertimenti* que se escalonan entre el siglo X y el XII, y que pertenecen al género laudatorio o dicatorio, al amoroso y al lírico-heroico, como los poemas en honor de Ramón Berenguer, y del Cid, o las atrevidas composiciones, no originales, del "anonym enamorad" que decía Nicolau d'Olwer; y por la misma razón tengo que recordar la producción historiográfica de Ripoll y sus dependencias, puesta de relieve por Coll i Alentorn.<sup>29</sup>

Pero es hora de terminar. Mis propias aficiones y la evocación de este *nobile coenobium, quod ob reuerentiam totius religionis et scientie olim caput et specimen uniuerse esse meruit Esperie* — como aún lo describía en 1070 el conde Bernardo de Besalú<sup>30</sup> — me han llevado a entretenerles más de lo debido. Pero quizá merecía la pena que cada vez con mayor intensidad en nuestros estudios clásicos dediquemos atención y reverente fidelidad en el recuerdo a estos nobles hogares en que se guardó con el entusiasmo y la eficacia que permitían los tiempos la memoria de la Antigüedad. Una vez más, probablemente, habremos de repetir la hazaña de estos cenobios que guardaron, estudiaron y hasta cierto punto saborearon los frutos valiosísimos de la literatura antigua que apenas si conoceríamos sin su ayuda y su interés. En la tradición clásica no todo son los que del conocimiento y restauración de nuestros estudios hicieron, con éxito, bandera para su lucha contra un autoritarismo agobiante, una pereza intelectual que anquilosaba dentro de un sistema que se cerraba más y más, en un intento de buscar en los antiguos apoyo espiritual y fresca en la lucha contra los modernos: ha habido siempre hombres que vieron en la literatura clásica un más allá, una posibilidad de superación, un ideal de belleza y expresión que los atraía y maravillaba. En esta línea durante siglos estuvieron muchas escuelas catedralicias y monásticas, y así estuvo también Ripoll. Haberse reunido aquí para plantear nuevos problemas en torno a las viejas letras la sección de Estudios Clásicos de Barcelona ha sido una feliz idea y, por lo que se deja ya ver, también un éxito. Que no sea la última vez. Que el recuerdo de los mil años de aquellos buenos monjes o sabios, en medio de un mundo pobre de espíritu y pobre de medios, nos incite a saborear ahora y siempre, con las nuevas

27. Toledo Bibl. Capit., 99-3; cf. MILLÁS, *op. cit.*

28. *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, 6, 1915-1920.

29. *Estudis Romànics*, 3, 1951-1952, 135 ss.

30. De un texto de Bernardo II, conde de Besalú, dirigido al abad de S. Víctor que se conservaba en el Cartulario de S. Víctor de Marsella; citado por BEER, *op. cit.*, II, Viena, 1908, 1.

y las viejas técnicas, el legado del mundo antiguo en el que nuestro tiempo tiene todavía tanto que aprender y con el que nosotros todavía a nuestro mundo tantas cosas podemos transmitir. Y no será la menor este sentido consciente de comunidad con el pasado, de esfuerzo noble y desinteresado, de entusiasmo y entrega a un ideal que sirve sobre todo al espíritu.

Mi más afectuosa felicitación a los organizadores de este Simposio. Y en nombre propio y en nombre de la Junta Nacional de nuestra Sociedad, que ahora me ha tocado presidir, la expresión de nuestra firme voluntad de colaborar siempre y sin reparos en estas ocasiones que nos permiten rehacer nuestros esfuerzos en la conservación del precioso legado de la Antigüedad.